

de ayer y hoy

GUARDIA

NOTAS

La cultura de ayer y hoy

EDUARDO NUÑEZ CRISOSTO*

¿Qué es la cultura? ¿Qué es hoy la cultura? ¿Qué fue la cultura en el pasado?
¿Qué ha venido siendo la cultura?

Las preguntas anteriores no tienen una respuesta simple ni unánime. Entre otros aspectos –al intentar una respuesta– hay que considerar que lo que hasta hoy, normalmente, hemos venido entendiendo por cultura ha quedado determinado, en gran medida, por los supuestos metafísico-ideológicos acuñados en el pasado y especialmente en el período conocido como la Ilustración. Así, hasta ayer, el concepto cultura lo asociábamos invariablemente a manifestaciones superiores del espíritu humano, sello que se encontraría plasmado en las llamadas grandes obras del pasado. Pero esta acrítica valoración “positiva” de la cultura, frecuentemente nos impide percibir en su real dimensión la valoración “negativa” que le otorgó la antigüedad, y que hoy se empieza a repetir con no menos violencia.

Al concepto de cultura de hoy no le es ajeno el gran desarrollo científico-tecnológico alcanzado en nuestra era, como tampoco le es extraño el triunfo de un nuevo concepto de racionalidad que se ha visto obligado a ampliar sus fronteras para terminar acogiendo áreas de la cultura que hasta ayer le estaban vedadas.

En lo que sigue, nuestra exposición la inauguraremos con un estudio etimológico con el que esperamos aproximarnos a los principales conceptos

*EDUARDO NUÑEZ CRISOSTO: Profesor de Filosofía Contemporánea, Facultad de Hdes. y Arte, Universidad de Concepción, Chile.

en juego. Este examen inaugural concluirá con una primera presentación de la oposición naturaleza/cultura. Seguidamente, volveremos al pasado para mostrar que lo que empieza designándose como cultura debe ser percibido como un momento de ruptura con un pasado de identificación entre hombre y mundo, ruptura que parece ser uno y el mismo proceso que el de la invención de la escritura alfabética. Aquí, de cualquier manera, lo cultural o escrito posee un sentido externo o negativo, que destacaremos. Finalmente, intentaremos mostrar los posibles puntos de articulaciones entre la concepción moderno-ilustrada de cultura, apoyada fuertemente en la idea de emancipación espiritual y material fundada en el optimista concepto de progreso, y el actual concepto de cultura que se viene perfilando y en el que se mimetizan ideas como las de desarrollo científico-tecnológico, desarrollo comunicativo, cultura de masas, ciencia-ficción, culturas de escaparate, etc.

1. El término *cultura* deriva directamente de *culto*. A su vez, este último del lat. *cultus* significa “acción de cultivar o practicar algo”. *Culto*, entonces, se aplica en varios sentidos. Calidad que proporciona la cultura: *persona culta, pueblo culto, lenguaje culto*. *Culto* también significa homenaje y conjunto de actos y ceremonias con que el hombre tributa admiración o afecto a alguna entidad, persona o cosa: *culto religioso, culto a los héroes, culto a la belleza*.

Cultura, a su vez, en uno de sus sentidos ha venido designando una cierta conformación del espíritu humano que se alcanzaría por el conocimiento de la filosofía, artes y letras y que se caracterizaría por terminar haciendo de un ser humano, un *hombre culto*. Este concepto de “hombre culto” se vincula estrechamente al humanismo tradicional el que, a su vez —se dice— rinde “culto” a los grandes hombres, a las grandes figuras y a las grandes obras del pasado. Además, en oposición a esta armoniosa y equilibrada conformación del hombre culto se daría el *especialista*; esto es, aquel individuo que se caracteriza por una acumulación de conocimientos unilaterales. Finalmente, de acuerdo a este criterio, tendríamos aquel que al no incorporar en su ser los elementos culturales vigentes, se mostraría como un hombre simple, rústico o inculto.

Cuando usamos expresiones tales como *cultura helénica, cultura americana, cultura chilena*, el término que aquí nos preocupa tiende a identificarse con el de *civilización*. No obstante, nuestra tradición ha venido reservando el término “cultura” para aludir a un aspecto del proceso de desarrollo

humano. Así, mientras civilización generalmente apunta a los usos y prácticas que se vinculan a realizaciones materiales, cultura expresa el aporte espiritual, intelectual y estético de una civilización.

Si aceptamos la doctrina que postula la exterioridad entre civilización y cultura, también tendremos que admitir que el término cultura no se ha aplicado, sin más, a todo grupo social. Habría –se dijo– pueblos sin cultura o incultos, concretamente aquellos que nuestro mundo occidental ha venido considerando por largo tiempo como no-civilizados. Pero, una reflexión más próxima sobre el tema termina identificando el hecho cultural con el hecho social. A partir de aquí, entonces, la cultura deja de ser un lujoso atavío propio de pueblos desarrollados, para pasar a significar “la configuración de los comportamientos recibidos y transmitidos en una sociedad particular” (A. Linton). La cultura así entendida se daría en todo grupo social, no importando su nivel de desarrollo y estaría constituida por todo comportamiento aprendido en forma refleja o sistemática y mediante el cual el hombre social crea un ámbito de prácticas intelectuales, sociales y materiales, que termina dando unidad y sentido a su forma de vida.

Pero la asimilación del hecho cultural al hecho social y la inmediata conclusión de que la cultura se da en todo grupo humano no importando su nivel de desarrollo, no resuelve todavía la vieja oposición que se ha venido haciendo entre *naturaleza* y *cultura*. La oposición naturaleza/cultura es tan antigua como nuestra tradición de occidente. Fue familiar en el movimiento sofístico (Atenas, siglo V antes de Cristo) y es la contradicción que da sentido e intensifica el carácter patético de la tragedia de Sófocles conocida como *Antígona*. La antigüedad no ve con buenos ojos la acción humana, el acto cultural. Así, los cínicos (corriente filosófica griega del siglo V y IV antes de Cristo) cuando proclaman su oposición a todo lo extraño a la llamada simplicidad natural, su rechazo a todo lo que se apartaba de la naturaleza, estaban considerando el aporte humano o cultural como signo de corrupción y decadencia. A su vez, cuando el estoico (corriente filosófica griega del siglo IV y III antes de Cristo) postula “vivir de acuerdo con la naturaleza”, ello significaba vivir de acuerdo con una razón o ley universal que iba mucho más allá que el simple aporte humano. El aporte humano, lo cultural, ingrediente que la modernidad integrará en el concepto de “progreso”, la antigüedad no lo asimila. Su lucha contra lo humano, su lucha contra la cultura es la lucha contra lo artificioso y antinatural, lucha contra un mundo ilusorio y externo que amenazaba con ahogar al hombre.

2. En vistas a clarificar mejor el concepto de cultura, regresemos por un instante al pasado, volvamos a la antigua Grecia y evoquemos aquí el concepto de *aletheia* que hoy acostumbramos a traducir por “verdad” y que el filósofo alemán de este siglo, Martín Heidegger, expresa en giros tales como *des-velamiento*, *des-encubrimiento*, *des-ocultamiento*. Así, en nuestra vuelta al pasado y regreso a los orígenes, a lo primitivo, tenemos que la “verdad” no es otra cosa que des-ocultamiento, el Ser des-velándose en el decir, en el *logos*, o realizándose en él. Aquí asistimos al momento histórico en el que se da una íntima identidad entre Ser y decir, entre “naturaleza” y “cultura”. Pero, decir que en los albores de la tradición de occidente (o decir que en los pueblos primitivos) hombre y mundo coinciden no significa “humanizar” el mundo o “culturizar” la naturaleza. Significa solamente que en ese momento el ser del hombre se hace uno con el ser del mundo que se desvela. El ser que aquí se hace patente no es una “cosa” o “algo”, humano o mundano, aún cuando será siempre una manifestación o suceso de lo humano o mundano en su mutuo corresponderse.

Pero esta unidad originaria concreta en algún momento fue rota. La íntima unidad y armonía de hombre y mundo no sobrevive a la invención de la *escritura*. De ahí que el concepto de cultura, entendido en oposición a naturaleza, no es anterior a la invención de la escritura ya que va a ser ésta la que empieza levantando muros entre la prehistoria y la historia, entre civilización y barbarie, entre cultura e incultura. La cultura, en oposición a la naturaleza y por tanto entendida a partir de la práctica de la escritura alfabética, se inauguraría históricamente en el período presocrático y se afianzaría con el nacimiento de la sofística. A partir de la sofística, la cultura asume el rostro de técnica de especialización, impartida a través de una escuela.

El filósofo griego Platón intuye la amenaza que encierran los caracteres escritos o escritura. Así nos lo muestra en uno de sus diálogos conocido como *Fedro* cuando describe el mito de *Theuth*. Según el mito, el dios *Theuth* fue el primero que inventó los números y el cálculo, la geometría y la astronomía, además el ajedrez y el juego de dados; también los caracteres de la escritura.

“Era entonces rey de todo el Egipto *Thamus* (...) y *Theuth* vino al rey, le mostró sus artes, afirmando que debían comunicarse a los demás egipcios. *Thamus* entonces le preguntó qué utilidad tenía cada una, y

a medida que su inventor las explicaba, según le parecía que lo que se decía estaba bien o mal, el rey Thamus lo censuraba o lo elogiaba (...) Pero cuando llegó a los caracteres de la escritura: ‘Este conocimiento, ¡*oh basileu!* –dijo Theuth– hará más sabios a los egipcios y vigorizará su memoria: es el elixir de la memoria y de la sabiduría lo que con él se ha descubierto’. Pero el rey respondió: ¡Oh Theuth, maestro de las artes (*o tekhnikotate Theuth*)! Una cosa es ser capaz de engendrar un arte, y otra distinta ser capaz de comprender qué daño o provecho encierra para los que de ella han de servirse, y así tú, que eres el padre de los caracteres de la escritura, por benevolencia hacia ellos, les has atribuido facultades contrarias a las que poseen. Esto, en efecto, producirá en el alma de los que la aprenden el olvido por el descuido de la memoria, ya que, fiándose de la escritura, recordarán de un modo externo, valiéndose de caracteres ajenos; no desde su propio interior y de por sí (...) Es la apariencia de la sabiduría, no su verdad, lo que procuras a tus alumnos..” (274d-275a).

El diálogo de Platón es claro. El rey Thamus –y también Platón...– denuncia la escritura alfabética como una potencia artesanal, como un *artefactum*. Los caracteres escritos representan la mirada externa, la impropiedad, los signos escritos sustituyen a la *voz*, signo natural y en ese sentido la escritura es suplemento, sustituto, signo. Es en apariencia que la escritura es bienhechora, pero en verdad es esencialmente mala. Es exterior, productora de opinión y no de un verdadero saber. La escritura rompe la íntima *comunidad* de *decir* y *ser* en tanto *logos* o *verbo* creador. Sócrates, el primero de los filósofos clásicos, fue el hombre más sabio de su época y, en tanto sabio, fue un gran maestro; pero Sócrates nunca escribió nada.

3. A partir de entonces, una vez rota la bella totalidad primordial en la que *decir* y *ser* se hacen *Uno*, una vez perdida la inocencia primigenia, el hombre en su caída se ve arrastrado a un medio exterior, extraño, que le exige actuar. A partir de ese momento el hacer humano, la acción humana es lo que constituye y da sentido a la vida y, de ello, el hombre es responsable. Es decir, la acción humana hace que lo real o realidad devenga cultura. Ahora, el mundo no se da ni se desvela, el mundo se hace, es obra humana, es cultural o cultura.

Una vez fracturada la soberana majestad y quietud originaria del *Ser*-

Uno, el espíritu humano al evocar, consciente o inconscientemente, este momento primordial, terminará haciendo el sentimiento del *duelo* de la armonía primigenia desvanecida y caerá en la *melancolía* del objeto perdido. Así, entonces, el sentimiento de nostalgia de la armoniosa y bella unidad perdida en el pasado, terminará proyectando al hombre en el futuro. Desde ese momento, asistimos al nacimiento y desarrollo de una nueva concepción del hombre, de la vida y de la cultura. Ahora somos actores en un proceso dialéctico ininterrumpido en el que la conciencia humana fracturada, la “conciencia desdichada” lucha y se esfuerza por superar su desventura, buscando un punto superior de reunificación, en el futuro. La conciencia humana debe, en y a través del *trabajo del duelo*, salvar la distancia y superar los antagonismos que se dan en las oposiciones forma/materia, alma/cuerpo, interior/exterior, naturaleza/cultura y, así, recuperar el objeto perdido, pero ahora en la investidura de una copia, *simulacro*, *suplemento* o *sustituto* del objeto originario.

A partir de la época moderna, la concepción ilustrada de la cultura asume la idea de progreso y por tanto admite que el avance histórico sustentado en la producción capitalista y el desarrollo científico-técnico tendría, necesariamente, que conducir a un ordenamiento racional de la sociedad y la cultura. En este nuevo ordenamiento tendría que producirse la armonización de los valores científicos, éticos y estéticos. Así, entonces, aquí tenemos al iluminismo moderno renovando la promesa cristiana de una vida superior, pero en versión laica. Por medio de la razón y a través del progreso científico-tecnológico el hombre debe alcanzar la libertad y bienestar con que ha venido soñando. Más aún, hoy sabemos que el optimismo ilustrado terminará hablando de un Hombre que es también Amo y Señor de lo real, con todo un mundo natural a su disposición, el cual debe manipular, instrumentalizar y dominar. Es decir, a partir de la modernidad la naturaleza o mundo externo se expresa en términos de movimiento “mecánico”, mundo y movimiento que el hombre puede calcular, controlar y aplicar en su propio beneficio, de acuerdo con su proyecto histórico cultural.

La pérdida del absoluto y la “caída” en la cultura van a significar para el hombre el ingreso en un mundo de suplencias, de sustitutos, de signos. Pero mientras el hombre mantuvo arraigada la nostalgia del absoluto perdido, todas las distintas manifestaciones culturales que realiza en el campo de las ciencias, artes y letras las elabora como culto humano a la potencia universal superior y de ahí le vienen los ecos de eternidad con que se presentan en la

época moderna las doctrinas científicas, las obras artísticas o las páginas literarias.

Mas, la disolución de la metafísica tradicional de que nos habla el filósofo, ha contribuido a alejarnos de este mundo clásico de cultura universal y nos vemos conducidos a un ámbito en el que la existencia y consistencia del ente se termina expresando en un juego de series infinitas de sustituciones-signos. Hoy, el mundo cultural es un mundo de símbolos. El hombre se ha traducido en un animal simbólico. La vida humana es un proceso complejo que sólo se abre y coge sentido en y a través de enfoques semiológicos.

Hoy día es un hecho que nos encontramos invadidos por una cultura tecno-pragmática que ha terminado por adquirir dimensiones difícilmente valiables a escala humana tradicional y, por tanto, bastante alejada del sueño humanista moderno. Asistimos al momento en que a determinados niveles no es fácil separar entre realidad y ciencia-ficción. El cálculo lógico-matemático moderno y la práctica periodística diletante de ayer han terminado transformándose en la actual informática que se encarga de dar testimonio de lo que es real o la realidad de hoy. Hemos sustituido la experiencia humana, con todo lo que tenía de formación y realización individual, por la acumulación indefinida de información.

En suma, en el pasado, en la antigüedad (o en los pueblos que hoy viven en situación primera o primitiva), en el mundo *ágrafo*, el ente es lo que se presenta en su naturaleza (*physis*), es lo que se da a ver desde sí mismo (*phainomena*). Es decir, en la época oral el mundo es lo que a partir de sí mismo se des-vela o des-encubre en su plenitud (*aletheia*). Es la naturaleza ofreciéndose a la vista (*spectaculum*), es la realidad del mundo en la espectacularidad y maravilla de su manifestarse. En suma, en el mundo oral, el mundo o realidad se da o des-vela en su espectáculo o en su espectacularidad. En cambio hoy, en la era de la publicidad y de los sustitutos, frecuentemente, hacemos del espectáculo y objeto de utilería, realidad o mundo.

Asistimos hoy a la cultura de la comunicación generalizada. Los medios de comunicación juegan un importante papel. La prensa, radio, cine, televisión, computación, etc., han contribuido en importante medida a la disolución de los grandes principios y supuestos que hicieron posible el mundo moderno clásico, con su ideal de libertad entendida como despliegue total de la autoconsciencia. Hoy, en cambio, en su lugar anida un nuevo

ideal de libertad que oscila entre un sentimiento de “desarraigo” que se traduce frecuentemente en una “falta de compromiso”, y una degradación del “principio de realidad”. Ambas cualidades liberan un mundo de las diferencias, de los elementos locales, de las culturas regionales, de los dialectos en un mundo de dialectos. La borradura del mundo pretérito lleno de absolutos y lugares naturales abre paso hoy al horizonte de la dispersión, de la diseminación y la suplencia, funciones con las cuales debemos hoy jugar, integrar y dar sentido. Hoy, en este juego otorgador de sentido, la cultura ha terminado constituyéndose en la naturaleza del hombre.

Para terminar, reconozcamos que en parte importante del mundo de hoy, la modalidad en que se manifiesta prioritariamente el juego cultural es en un puñado de productos prácticos y elementos visuales que terminan desarrollando hábitos que parecen no siempre ayudar a vivir mejor, sino que por el contrario impiden y ocultan variadas y positivas posibilidades de vida en comunicación y acuerdo con el otro. No obstante, creemos que la cultura o proceso de desarrollo de la vida humana no debe ser interpretada como un desenvolvimiento racional que conduce necesariamente a la configuración y afianzamiento de estructuras burocráticas deshumanizadas. La alienación o pérdida de la libertad interior no es el precio necesario que el hombre debe pagar por el uso sustentable de la naturaleza o mundo externo.

Es el pensamiento mutilado y la inteligencia ciega los que, pretendiéndose racionales, conducen a culturas formales burocráticas. La verdadera racionalidad es abierta y dialógica, es producto del debate argumentado de ideas y no patrimonio de una cultura determinada. La cultura que ignora la vida, la subjetividad, el mito, la belleza, el afecto, el amor, el arrepentimiento, es irracional.